

CAPÍTULO VI

LA GUERRA DEL NORTE

AÑO 1814

Año de transición y soluciones. — Los ejércitos beligerantes del Norte. — Planes de San Martín. — Nueva escuela militar. — La guerra y la opinión. — Insurrección popular de Salta. — Teatro de la guerra de partidarios. — Guerra de recursos. — Vanguardia del ejército patriota del Norte. — Dorrego y Güemes. — Hazañas de los salteños. — Castro y Marquiégui. — Operaciones del ejército realista del Norte en Salta. — Toma de Montevideo. — Retirada de la invasión española. — Revolución del Cuzco. — Enfermedad de San Martín. — Deja el mando del ejército del Norte. — El criollo americano. — San Martín Intendente de Cuyo. — Rasgos fundamentales de su carácter.

I

El año XIV fué de transición, y de soluciones del complicado problema de la revolución argentina dentro de sus líneas generatrices con proyecciones sud-americanas. Las fronteras naturales de la nacionalidad que encerraban esas líneas, diseñáronse por la agrupación de sus elementos orgánicos; la guerra intestina recrudesció con el carácter de descomposición del orden colonial, inoculándole el germen de una democracia genial; el último baluarte y el último ejército que mantenían enarbolados los pendones del rey de España dentro de

su territorio, fueron rendidos: adquirió definitivamente la preponderancia naval en las aguas fluviales y marítimas de sus dominios, venciendo y aprisionando la última escuadra realista del Río de la Plata; desarrolló una nueva fuerza que yacía latente, por la intervención espontánea del pueblo en la lucha armada; expulsó la segunda invasión que intentó atacarla en su terreno, que desde entonces fué inmune; se inició un nuevo sistema de guerra, que debía ser decisivo para la defensa; y por último, comenzó á incubarse el plan de campaña continental de la ofensiva revolucionaria contra la metrópoli en sus colonias, que aseguraría la emancipación de la América del Sud, perfilándose el genio que después de concebirlo había de ejecutarlo matemáticamente. Los prodromos del año no prometían, empero, estos resultados.

Como se ha visto en el capítulo anterior, la situación militar de que se recibió San Martín, comportaba el doble y arduo problema de dar nuevo nervio á la revolución armada, reaccionando contra la derrota y contra las corrientes militares establecidas, á fin de propagarla por todo el continente sud-americano, y esto, sobre la base de un ejército en esqueleto sin fuerza moral. El Ejército del Norte, á principios del año, apenas alcanzaba al número de 600 hombres, y aun después de reforzado, no pasaba de 2,000 soldados bisoños trabajados por la desertión (1). Desorganizado, decapitado de sus mejores jefes y oficiales (2), desnudo (3), era una masa

(1) « La desertión aumenta y la fuerza disminuye, » decía San Martín al Gobierno en oficio de 4 de marzo de 1814. (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

(2) De una relación de 23 de marzo de 1814 consta, que en Vilcapugio y Ayohuma se perdieron 98 oficiales, de los cuales 58 muertos y el resto prisioneros. (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

(3) En oficio de San Martín de 10 de febrero de 1814, dice al Gobierno, pidiendo vestuario: « Es tal la desnudez de los soldados que por decencia no pueden salir de sus cuarteles. » (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

informe é inerte, incapaz de hacer frente al enemigo (4). Las armas españolas, vencedoras en dos sucesivas batallas campales, ocupaban la jurisdicción de Jujuy y Salta, y amenazaban ocupar toda la frontera del norte del país argentino, con el ánimo de abrirse los caminos de la pampa que conducen al litoral del Plata y de operar en combinación con Montevideo. El nuevo general en jefe, al examinar la tensión de los resortes que estaba encargado de remontar, decía con referencia á los oficiales: « La experiencia me ha convencido » que el mal que ha tenido y tiene este ejército es la mala » clase de sus oficiales, aunque los hay sobresalientes ». Con relación á la carencia de jefes, se expresaba así: « Á pesar » de los desvelos y fatigas que empleo constantemente para » adelantar la organización de este ejército y la disciplina de » las tropas, si en el día tuviese que batirme con el enemigo, » temería mucho que fuese aventurada cualquiera acción, » no tanto por la falta de aquéllas, cuanto por la de jefes que » me ayuden á desempeñarla. En vano combinará un general » los mejores planes, si le faltan jefes que sepan ejecutarlos. » Insistiendo sobre el primer tópico, elevábase á severas consideraciones, en otra ocasión: — « La subordinación y la » ciega obediencia es el alma del sistema militar. — Yo tengo » la desgracia de haber tomado el mando de un ejército derrotado, cuyos oficiales parece no han escapado de las manos » del enemigo sino para prepararle la conquista del resto de » las provincias. Nuestras circunstancias exigen imperiosamente medidas imponentes. Las armas de la patria cuyo » mando se me ha confiado en este ejército, no podrán prosperar de aquí en adelante hasta que el ejemplo del escar-

(4) En oficio de San Martín, que se extractará más adelante, decía con fecha 11 de febrero de 1814: « Si en el día tuviese que batirme con el enemigo, temería que fuese adversa cualquiera acción. » (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

» miento contenga á unos y despierte en otros la noble pasión » de la gloria, que es la que hace obrar prodigios de valor y » fortaleza » (5).

En tal situación y con tales elementos, el General San Martín tenía que hacer frente á la invasión realista, que enorgañada por sus recientes triunfos, amenazaba avanzar sobre Tucumán con el objeto inmediato de ocupar toda la frontera del norte argentino y el propósito ulterior de combinar operaciones con el ejército español que sostenía la plaza fuerte de Montevideo apoyado en una fuerte escuadra dominadora del Río de la Plata (6). Con arreglo á este plan, el General Pezuela, vencedor en Vilcapugio y Ayohuma, había establecido su cuartel general en Tupiza á inmediaciones de la línea divisoria del Alto Perú, haciendo adelantar su vanguardia hasta Jujuy, al mando del general Ramírez, el más hábil y resuelto de sus tenientes. Al mismo tiempo ordenó una recluta de dos ó tres mil hombres en la sierra del Bajo Perú, formando dos nuevos batallones con los contingentes de los valles inmediatos de Chichas y Cinti, por conceptuar insuficientes sus fuerzas para emprender un movimiento ofensivo (7). Á su retaguardia, escalonó convenientemente una parte de su ejército para mantener libres sus comunicaciones, y sujetar las poblaciones del Alto Perú, dispuestas á sublevarse nuevamente sobre la base de las bandás armadas que aun se man-

(5) Tres oficios de San Martín al Gobierno de fechas 11 de febrero, 31 de marzo y 8 de abril de 1814 (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

(6) Torrente: « Historia de la revolución hispano-americana, » tom. I, p. 13. — García Camba: « Memorias de las armas españolas en el Perú, » t. I, p. 115, en que dice expresamente, de conformidad con la « Relación » del Virey Abascal que ordenó la expedición: « Las plazas de Montevideo, cuyo auxilio, divirtiéndolo al enemigo, eran el objeto preferente » de aquel movimiento. »

(7) Correspondencia interceptada á Pezuela, publicada en la « Gaceta Ministerial » de 26 de octubre de 1814, núm. 127, p. 672. Véase además Torrente y García Camba, citados en la nota anterior.

tenían en las provincias de Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra alimentando el fuego de la insurrección.

El ejército de Pezuela se componía como de 4,500 á 5,000 hombres de tropas regulares, que á consecuencia de la desertión, quedaron reducidos á 4,000. La vanguardia compuesta de tres batallones y cuatro escuadrones con ocho piezas de artillería (de 1,500 á 2,000 hombres) se posesionó sin resistencia de Jujuy, avanzando su caballería hasta la ciudad de Salta, y extendió sus avanzadas hasta el arruinado fuerte de Cobos.

El Ejército del Norte, cediendo al enemigo el terreno que no podía disputarle, se replegó sobre Tucumán, y estableció su línea de puestos avanzados sobre Guachipas, en protección de los valles del sud de Salta, y la extendió por la margen del Pasaje, límite entre las dos jurisdicciones. Al mismo tiempo la población de Salta se insurreccionaba en masa y se ponía en campaña por movimiento propio, cubriendo así al ejército regular con una improvisada vanguardia popular.

El General patriota, en la imposibilidad de rechazar militarmente la invasión, se convirtió en maestro de escuela y en jefe de partidarios, apelando á las estratagemas y á la diplomacia militar en que era maestro eximio. Por estos medios, supliendo la fuerza con la perseverancia y la sagacidad, hizo evacuar al enemigo el territorio invadido, antes de cumplirse los siete meses, sin necesidad de empeñar una batalla, como va á verse.

II

Al encargarse San Martín del Ejército Auxiliar del Perú, no traía ningún plan preconcebido. Sin conocimiento de los hombres ó del terreno en que debía operar, ni del género de

guerra que debía emprender; ignoraba los recursos de que podía disponer el enemigo, cuyos planes sólo llegó á penetrar más tarde. Así es que, guiado únicamente por informes incompletos, y aconsejado por su experiencia exótica y por ideas teóricas de la guerra, sus primeros pasos se resienten de cierta vacilación, hasta que, dominando la situación, se le ve obrar resueltamente como si una inspiración súbita lo hubiese iluminado (8).

De una idea fija se le ve, sin embargo, preocupado desde el primer momento, y es reconcentrar el ejército en Tucumán para reorganizarlo bajo un nuevo plan, instruirlo y disciplinarlo en una nueva escuela militar, teniendo bajo su mano una masa disponible para obrar según las circunstancias. Con esta idea consultó al coronel Dorrego, jefe de la vanguardia sobre la línea del río Guachipas, si era necesaria y conveniente su permanencia en esa posición y si podría encomendarse este servicio á la milicia del país. Dorrego era un oficial valiente, de talento natural, con instrucción y buenas ideas militares, que á la sazón hostilizaba á la vanguardia enemiga, aunque con escasos elementos; así es que su informe escrito, previo un reconocimiento prolijo, habilitó al general en jefe para adoptar una resolución acertada sobre este punto (9).

(8) Hé aquí las pruebas. En oficio de 17 de febrero de 1814, dice San Martín al Gobierno, que el enemigo se ha replegado á Salta. En 24 del mismo anuncia, que las fuerzas enemigas de Jujuy y Salta marchan por dos caminos sobre Tucumán. El 1.º de marzo manifiesta que los enemigos (aunque reforzados) « no bajarán hasta Tucumán, porque no tienen fuerzas para ello ». En oficio de 10 de febrero había dicho: « En razón de los escasos conocimientos que aun tengo del país, no puedo resolver sobre la retirada de la vanguardia por lo cual he consultado al jefe de ella. » En otro oficio del 23 de febrero dice lo siguiente: « Me hallo en un país cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas, y cuya situación topográfica ignoro, conocimientos de absoluta necesidad para la guerra. » (*M. S. del Archivo de Guerra.*)

(9) En la « Historia de Belgrano, » t. II, p. 289 (3.ª ed.) hemos hecho breve mención de los documentos relativos á esta consulta, de que pos-

Reconcentrado todo el ejército regular en Tucumán, San Martín, que había pedido contingentes de reclutas á las jurisdicciones de su dependencia (10), llegó á tener bajo sus banderas una fuerza como de 3,000 hombres, medianamente organizada, aunque poco consistente todavía para medirse con un enemigo disciplinado y victorioso. Con estos elementos bajo su inmediata dirección, con el país insurreccionado al frente y á retaguardia del enemigo, y habiendo al fin penetrado los planes y estimado los recursos del ejército realista, el general del norte se mantuvo en actitud defensiva, confiado en ella y resuelto á mantenerla. En este sentido escribía al gobierno diciéndole: « El enemigo ha sido re- » forzado. Hasta la fecha se ha limitado á correrías en busca » de subsistencias. Á pesar de que lo anuncian, no bajarán » hasta Tucumán, porque no tienen fuerza para ello, y aun- » que las aumenten, no tengo temor, porque hay tiempo para » prepararse » (11).

El enemigo no llegó á penetrar los planes de San Martín,

teriormente se han dado versiones equivocadas, como se demostrará cuando los especifiquemos más adelante. Los originales existen en el Archivo de Guerra de 1814. (M. S.)

(10) Estas jurisdicciones eran: Tucumán, Santiago del Estero y Catamarca, además de las de Salta, Tucumán y Jujuy. De sólo la jurisdicción de Santiago del Estero le fueron remitidos de una vez 300 reclutas que se le pidieron ejecutivamente, según consta de oficio del Teniente Gobernador de 12 de enero, nota del Gobierno de 16 del mismo y contestación de San Martín de 16 de febrero de 1814. (M. S. del Archivo de Guerra.)

(11) Of. de San Martín al Gobierno de 8 de febrero de 1814. (M. S. del Archivo de Guerra). — En carta del Director Posadas contestando á una nota de San Martín, en que éste le comunicaba sus planes para tomar en su oportunidad la ofensiva, le decía aquél: « Si durante el tiempo que » debe tardar el refuerzo (de Buenos Aires) se ha de engrosar Pezuela, » y lo ha de atacar con una fuerza irresistible, no hay duda que le debe » V. ganar de mano, atacando á la división de Salta; pero si no teme » ser atacado por Pezuela dentro del indicado término, parece que debe » esperar refuerzos de esta capital, y entretanto organizarse completa- » mente como lo desea. » (Arch. San Martín, vol. III. núm. 3.)

sino muy tarde, ni á conocer con exactitud el número de sus fuerzas, tal fué el misterio de que se rodeó, y tal la decisión del país que sólo podían cruzar impunemente las partidas y los espías patriotas. Para aumentar este prestigio y darse un punto de apoyo, hiriendo á la vez la imaginación de amigos y enemigos, dispuso á inmediaciones de la ciudad de Tucumán la construcción de un campo atrincherado, que con el nombre de « Ciudadela » se ha hecho célebre en los fastos argentinos, y que por mucho tiempo ha sido un problema histórico. Así mostraba que estaba decidido á sostener su posición á todo trance, infundiendo confianza á unos é imponiendo respeto á otros; evitaba la desertión que lo devoraba; secuestraba su ejército del contacto de las poblaciones, y envuelto en el misterio, abultaba el número de sus tropas, preparándose igualmente á la defensiva ó á la ofensiva, caso de ser atacado (12). Nadie vió nunca salir fuerzas

(12) En la « Historia de Belgrano, » t. II, p. 288 (3.ª ed.) se publicó el oficio de San Martín, fecha 13 de febrero de 1814 en que explica él mismo los objetos que tuvo en vista al disponer esta obra de fortificación. — El General Paz en sus « Memorias », t. I, p. 79 y 80, la critica militarmente, con aplicación á la guerra en América; pero no tenía en cuenta el efecto moral, que en la guerra debe estimarse como un factor. — Hé aquí los documentos que á esa obra de fortificación se refieren y que por primera vez se publican: « Guerra — Núm. 14. — Excmo. señor: Convencido de la necesidad de sostener este punto, he dispuesto » la construcción de un campo atrincherado en las inmediaciones de » esta ciudad, que no sólo sirva de apoyo y punto de reunión á este ejército en caso de contraste, sino que me facilite los medios de su más » pronta organización, como igualmente evitar la desertión de un ejército compuesto en su mayor parte de reclutas. El plan como las razones más por extenso que me han movido á su construcción, remitiré á » V. E. á la mayor brevedad. — Tucumán, 13 de febrero de 1814. — José de San Martín. — Excmo. Sr. Director Supremo. » El Gobierno le prestó su aprobación con fecha 1.º de marzo del mismo año. — Con posterioridad, el gobierno le dirigió sobre el mismo asunto el siguiente oficio: » El Director Supremo me ordena prevenga á V. S. pase á esta secretaría » el plan que ofreció remitirle de las razones que tuvo para formar el » campo atrincherado en las inmediaciones de esa ciudad en data de 13 » de febrero, é igualmente, no sólo el plano sujeto á escala que demues-

de aquel recinto inviolable, y con frecuencia entraban á él gruesos destacamentos que acudían de diversos puntos, y que se computaban como otros tantos refuerzos. Eran los mismos soldados que salían durante la noche, se engrosaban con algunos reclutas, y al cabo de varios días regresaban al campo atrincherado figurando un nuevo contingente. Con esta fantasmagoría nadie dudaba que el ejército del norte contaba dentro de aquellos muros con más de 4,000 hombres.

En esta actitud contenía por la acción moral la anunciada invasión del ejército sobre Tucumán, á la vez que lo combatía por la guerra de partidarios al frente y á la espalda, mientras él maduraba sus planes y aumentaba sus fuerzas para desalojar á los realistas del territorio que ocupaban, ó los obligaba á evacuar á Salta y Jujuy, sin combatir, — como sucedió, — por la acción combinada de todos estos medios, cuya eficacia se apreciará mejor más adelante.

Bien se alcanza que, mientras Montevideo estuviese dominado por la España, y la revolución de Chile no diese sólidas garantías de cubrir á las Provincias Unidas por uno de sus flancos vulnerables, era imposible pensar en ningún movimiento ofensivo sobre el Alto Perú. Por esto, los planes del

» tre la linea del punto fortificado, la posición de la ciudad y la posición topográfica de sus inmediaciones, con todo lo demás que crea V. S. conveniente á satisfacer esta orden, sino también el plan ó planes de ataque que tenga meditados para la ofensiva. — Buenos Aires, abril 4 de 1814. — *Francisco Xavier Viana.* » — Hé aquí la última contestación al respecto: — « Excmo. señor: Por correo de 16 del presente tuve el honor de dirigir á las superiores manos de V. E. un plano sujeto á escala del campo atrincherado que he mandado construir en las inmediaciones de esta ciudad. Luego que logre recobrar del peligroso accidente que me ha atacado, instruiré á V. E. por extenso de las razones que me movieron á formarlo, cumpliendo con esto y lo demás que de orden suprema se me previene en oficio del 4 del corriente por la secretaría de guerra. — Tucumán, abril de 1814. — (estando enfermo San Martín, que es el que habla, firma:) *Francisco Fernández de la Cruz.* — Excmo. señor Supremo Director del Estado. » (*M. S. del Arch. Gral.*)

General del Norte no iban más allá de Jujuy, y se limitaba entretanto á una rigurosa defensiva militar, haciendo servir su ejército de punto de apoyo de la resistencia popular, que en Salta, Cochabamba y Santa Cruz de la Sierra hostigaba al enemigo, lo debilitaba, y paralizaba sus movimientos ganando y perdiendo batallas.

III

Al mismo tiempo que reorganizaba su ejército y remontaba su fuerza, en previsión del ataque y la defensa, San Martín se constituía en maestro de una nueva escuela militar, teniendo que educar discípulos indóciles y desaplicados, como él mismo decía: — « En vez de aplicarse con más empeño » que nunca á la propia instrucción y disciplina de la tropa, » he tenido el desconsuelo de verlos abandonados, distraídos » y negligentes, dando (los oficiales) más trabajo que los » mismos soldados » (13). En su severa escuela se iniciaron en los rudimentos del arte de la guerra que ignoraban, se retemplaron los resortes relajados de la disciplina, y se educaron oficiales y soldados aprendiendo á mandar y obedecer. Sobre la base del regimiento de Granaderos á caballo que presentaba como modelo digno de copiarse, introdujo en la caballería los adelantos de la táctica moderna, reformó la del arma de infantería y estableció al efecto una academia que él presidía en persona (14). Otra de las reformas que intro-

(13) Of. de San Martín de 8 de abril de 1814. (*M. S. Arch. de Guerra.*)

(14) Of. de 11 de marzo de 1811. (*M. S. del Arch. de Guerra.* — El General Paz en sus « Memorias », t. I, p. 171, dice respecto de la nueva escuela introducida por San Martín: « El nuevo general organizaba el » ejército en los rudimentos de la táctica moderna, que hasta entonces » no conocíamos: estábamos en el mayor atraso, en la más oscura igno-